

LA NECESIDAD DE BUSCAR EL “RECOGIMIENTO” PARA ENCONTRARNOS CON EL SEÑOR.

Es indispensable el establecimiento de una relación permanente con Dios en nuestra vida cristiana. Esto nos permitirá crecer espiritualmente, tanto en lo individual, como en lo corporativo. Dice *1 Corintios 1:9* “*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor*”. ¡Aleluya! Fuimos llamados a estar en comunión con Dios por medio del Espíritu Santo. Una de las maneras más eficaces para poder establecer una genuina relación de comunión con Dios es la oración del silencio.

No será, si no hasta que nos iniciemos en la práctica de la oración del silencio que podremos hacer la diferencia de cómo vamos avanzando en este asunto; sólo ejercitándonos en ello las cosas se volverán cada día más fluidas en el Espíritu. Si insistimos en tal ejercicio espiritual, llegaremos a la conclusión que el fundamento más grande para orar, es amar a Dios. La verdadera oración consiste sencillamente en amar a Dios. No es el montón de palabras lo que hace grande la oración, porque Dios conoce nuestros sentimientos más internos antes que los expresemos.

La verdadera oración procede del espíritu. La oración genuina se da única y exclusivamente cuando tocamos a Dios con nuestro espíritu. Dice la Escritura: “*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*” (*Juan 4:24*) Uno de los grandes errores que debemos corregir si queremos estar en comunión con Dios, es entender que Dios es espíritu, por lo tanto, para contactar con Él, debemos hacerlo mediante nuestro espíritu. Algunos hombres y mujeres de Dios que nos antecedieron en los últimos siglos de la Iglesia entendieron estas cosas y se dieron cuenta que no debían orar con su mente y sus emociones, si no con el espíritu. Ellos se dieron cuenta que una manera práctica de activar su espíritu con el de Dios, era a través del silencio. Algunos la llamaron: “La oración de simplicidad”, “el silencio”, “la unión divina”, “la oración interior”, “la contemplación”, etc. en este estudio nos referiremos a ella como “la oración del silencio”.

Dijo una mujer de Dios: “*La oración está formada de silencio. Mientras te hallas en este silencio, Dios derrama dentro de ti un amor profundo e interno. Esta experiencia de amor es tal, que va a llenar y penetrar todo tu ser. No hay forma de describir esta experiencia, sólo te podría decir que este amor que el Señor derrama en lo más profundo de tu ser es el comienzo de una bienaventuranza indescriptible.*” (*Madame Guyon*)

Para poder practicar la oración del silencio lo primero que debemos hacer es llegar a un estado de recogimiento. Esta palabra según el Diccionario general de la lengua española Vox, quiere decir: “*Estado y actitud de la persona que se aísla del trato con la gente*”. Una persona “recogida” es aquella que vive o está retirada del trato y de la comunicación con la gente. Esto es parecido a las personas que en algún momento se quedan tan pensativas, que se les ve la mirada perdidas y por más que alguien les hable, no logran escuchar con atención lo que les están diciendo, porque están recogidas en sí mismas, es decir, se han aislado interiormente del trato con la gente.

EL RECOGIMIENTO EXTERIOR:

Si queremos practicar la oración del silencio, lo primero que tenemos que hacer es “recogernos” del exterior, es decir, tomar un tiempo y un lugar oportuno en el que nos aislemos del trato con la gente. Debemos buscar un tiempo y un espacio en el que las cosas externas no nos

interrumpan en nuestra comunión con Dios. Si hemos de buscar al Señor en el silencio, busquemos ese silencio primeramente apagando todo lo exterior. Debemos hacer un esfuerzo para encontrar el lugar y el momento propicio en el que lo exterior no nos interrumpa. (*Mateo 6:6; Mateo 14:23; Mateo 26:36-39; Génesis 32:24; Isaías 26:20; Hechos 10:9; Salmo 63:1*)

Tal vez no hay momentos más propicios para orar en silencio que los tiempos de la madrugada o las vigilias de la noche. Si usted busca al Señor en esas horas, la oración del silencio será más propicia porque exteriormente no hay muchos ruidos, por lo tanto, usted podrá recogerse en el Señor más fácilmente. En la Escritura encontramos varios versos que nos muestran que los hombres que en realidad llegaron a tener una comunión genuina con Dios, se apartaban, es decir, buscaban el recogimiento en los tiempos en los que había menor actividad, que eran en la madrugada o en las vigilias de la noche. (*Salmo 5:3; Salmo 42:8, Salmo 63:1, 6; Salmo 77:6; Salmo 119:55, 147, 148; Cantares 3:1-3*)

EL RECOGIMIENTO INTERIOR

Ya que hemos resuelto lo exterior, es necesario también buscar un recogimiento interior. Si ya estamos en un silencio (en el exterior), tenemos que ejercer una presión en nuestra alma y nuestra mente para que éstas también estén en silencio. El recogimiento interior es velar que nuestras mentes y almas no se inquieten y atiendan otras cosas interiores que también nos pueden distraer de la comunión con Dios. Nuestros sentimientos y pensamientos tienen que entrenarse a no estar muy estimulados a lo exterior. Muchas veces somos tan sensoriales que atendemos hasta el más mínimo detalle exterior o sentimiento interior, de manera que nos distraemos fácilmente y echamos a perder el recogimiento en la Presencia de Dios. Hay personas que les es muy difícil buscar el recogimiento interior porque sus sentidos están demasiado estimulados al activismo, no tienen la capacidad de quedarse quietos un tiempo, incluso hasta cuando cierran sus ojos son capaces de distraerse viendo las sombras que les producen sus párpados, o sea, ni cerrando los ojos pueden dejar de ver. Hermanos, es necesario buscar la quietud interior. No sólo las cosas externas son un problema, si no también lo interno. Siempre habrán momentos en los que será inevitable sentirnos turbados, pero aún así, podemos orar, aún así recojámonos interiormente y contactemos a Dios por nuestro espíritu (*Salmo 42:5; 46:10; 61:1-2; Marcos 14:32-34, 38; 2 Corintios 4:8-9*)

La clave para avanzar en esto es incursionar hacia nuestro interior. Recuerde que el Señor en una ocasión dijo: “*El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*” (*Juan 14:23*). Si queremos una genuina comunión con el Señor, debemos saber que a Él no lo encontraremos afuera, no lo veremos con los ojos naturales, ni le escucharemos con los oídos físicos, sino que Él nos hablará por Espíritu a nuestro espíritu. (*Isaías 57:15; 2 Corintios 3:17; Romanos 2:29; Efesios 3:16; Juan 6:63*) La comunión con Dios es una experiencia interior, no exterior. Entonces, debemos buscarlo hacia adentro y no hacia afuera. Recojámonos en lo interior y allí lo encontraremos.

EL RECOGIMIENTO NOS INSTA A BUSCAR AL SEÑOR OBJETIVAMENTE.

Muchas veces hemos llegado a la conclusión que nuestra comunión con Dios está bien porque en algún momento del día, un par de segundos antes de almorzar pensamos en Dios, o mientras íbamos en el carro cantamos un par de coros, o durante el viaje en bus hacia nuestro trabajo cerramos los ojos un momento y pensamos en Dios. Estas actitudes son totalmente subjetivas. Si bien es cierto que podemos pensar en Dios en diversos tiempos y lugares, eso no es necesariamente la comunión que Él espera tener con nosotros. Si nuestra comunión con el Señor es únicamente subjetiva, sólo cuando sentimos o queremos, estamos cometiendo un grave error.

Lo que nosotros debemos procurar en forma plena es estar siempre en comunión con Dios. Estaremos en tal condición cuando al levantarnos de nuestro lecho sepamos que estamos en comunión con Él, que si vamos a trabajar seguimos en comunión con Él, si descansamos también estamos en comunión con Él; y esto debe ser así todo el tiempo porque Dios tiene sus ojos puestos en nosotros todo el tiempo. Nosotros hemos mal entendido el aspecto de la comunión; hemos confundido comunión con devoción. Una palabra sinónima de devoción es, precisamente, “recogimiento”. El recogimiento o el devocional es sólo una parte de la comunión con Dios. No vamos a obviar tal diferencia, lo más grande que debemos alcanzar es la comunión con Dios, pero es un error creer que exista tal vida de comunión si no tenemos una vida devocional. (*Salmo 1:2; 27:4; 84:10; Lucas 2:37; 1 Tesalonicenses 3:10; 1 Timoteo 5:5*)

Aunque podemos tener comunión con Dios, tanto objetivamente, como subjetivamente, es necesario que entendamos la diferencia que existe entre ambas. El recogimiento (tiempo devocional) es objetivo y la comunión con Dios es subjetiva. Ocupemos uno de los ejemplos que más se asimilan a esto. Es como una pareja de esposos; toda pareja normal debe apartar un tiempo para la intimidad de pareja, pero como sucede en la mayoría de casos, aunque no quieran, el esposo tiene que salir de casa para ir a trabajar, sin embargo, aunque no esté todo el día presente en la casa, esté donde esté, él está tan casado con su esposa como en la intimidad. Ellos no necesitan estar en intimidad todo el día para saber que están casados, aunque no estén en tal unión, aunque durante una gran parte del día estén lejos el uno del otro, ellos siguen casados. El matrimonio no es sólo tener intimidad, si no es una unión que se lleva en el corazón. Obviamente, si no se cuida la vida de intimidad, tarde o temprano habrán grandes problemas en el matrimonio. La vida matrimonial es un símil de la comunión con Dios. No debemos pensar que estar en comunión con Él es solamente estar de rodillas, o apartar un tiempo para leer las Escrituras, cantar, ú orar. Eso sólo es una parte de la comunión con Dios, más bien, estas cosas son las que se deben dar en el tiempo devocional o del recogimiento. Podemos y debemos estar en comunión con Dios en todo tiempo, aún mientras dormimos, trabajamos, nos divertimos, etc. podemos y debemos estar en comunión con Dios siempre. Esta es la parte subjetiva de la comunión con Dios. (*Cantares 5:2; Salmo 119:164; Lucas 21:36; Efesios 6:18*)

Ahora bien, todo tiene su lugar. El recogimiento es la parte objetiva de la comunión con Dios. No podremos sostener la comunión siendo sólo subjetivos para buscar al Señor. Si de verdad queremos estar en comunión con Él, debemos de ser objetivos en tal búsqueda de Su presencia. El salmista decía: “... *de madrugada te buscaré*”, “... *de mañana me presentaré delante de ti, y esperaré*” eso es objetividad, eso es recogimiento, las palabras del salmista nos instan a tomar un tiempo y un lugar oportuno en el que nos aislemos del trato con la gente. Si anhelamos estar en comunión con Dios, debemos iniciar por superar nuestra subjetividad y buscar al Señor objetivamente.

Retomando otro ejemplo del matrimonio en relación a esto, cabe preguntarnos: ¿Anhelan las esposas cocinar todos los días? o ¿Anhelan los esposos ir a sus trabajos todos los días? Seguramente que ambos bandos contestarán que no, pero todos sabemos que si ya estamos casados, ya no importan las circunstancias, ni los deseos; queramos o no, tenemos que trabajar, y las que son esposas quieran o no, tienen que cocinar. Así también debemos de ser en nuestra búsqueda del Señor, debemos ser objetivos, pues somos Su esposa. Sintamos, o no sintamos deseos, procuremos de manera normal buscar este tiempo en el que no nos veamos interrumpidos por el tiempo, ni por nuestra familia, ni por ninguna otra cosa, si no saber que ese momento es para estar en comunión con Dios. Cuando aprendamos a respetar y a mantener ese tiempo específico, poco a poco iremos progresando al punto que después vamos a considerarlo muy corto.

“Trata de hallar un lugar tranquilo. El silencio exterior desarrolla el interior; y el silencio interior mejora el interior cuando éste comienza a echar raíces en tu vida”. (Madame. Guyon)